

La puerta de mi cabaña

Óscar Castro García

El inicio de la cuarentena me agarró en mi cabaña, a 2.750 metros sobre el nivel mar y a 24 kilómetros de mi apartamento. Desde el jueves estaba allí. No obstante, lo que iba a ser un simulacro de cuarentena por el fin de semana decretado por el alcalde, se convirtió en cuarentena hasta el 13 de abril por orden del gobernador. Necesitaba regresar a la ciudad porque no tenía suficiente medicina para esos quince días. Cuando subí el jueves no habían decretado la cuarentena larga, entonces decidí quedarme el fin de semana y regresar el martes para pasar en la ciudad el resto de la nueva cuarentena.

Contra la costumbre, el sábado me levanté temprano. Había llovido toda la noche, hacía mucho frío y un manto de neblina cubría la cabaña y los alrededores. Apenas se veían los árboles cercanos y todo en silencio daba un aspecto lúgubre y hasta tenebroso al paisaje, porque la soledad, el frío, la quietud y la neblina intensificaban mis temores.

Me senté en el corredor a contemplar cómo la blancura de la niebla se intensificaba y cada vez ocultaba más el paisaje hasta verse solo mi imagen reflejada en la vidriera que separa el corredor del jardín exterior de la cabaña. Eran las seis y media y aún no había encendido la cafetera ni había comido la fruta de rigor. Estaba en una plácida contemplación del fenómeno que hacía casi un año no se veía allí porque poco había vuelto a subir a mi terreno.

Nunca he podido saber cuál es el momento más emocionante, si cuando todo queda cubierto por esa blancura impenetrable, o cuando en un abrir y cerrar de ojos desaparece el

manto blanco y todo se descubre con una nitidez asombrosa. Sentado ante la blancura total, lo que esperaba era ese develamiento, siempre a la expectativa de lo que nunca ocurre: una sorpresa, algo diferente de los árboles y flores del terreno, algo inesperado que rompa la rutina de la soledad de ese sitio.

Esa mañana estaba aterrado por la amenaza de propagación del covid-19 o coronavirus, la cual imaginaba a la manera como la neblina, lenta e inexorable, va cubriendo el campo y la montaña, en silencio, a una velocidad a veces rápida, a veces lenta; y que por momentos desaparece sin ruido y en forma súbita. De la misma manera contemplaba y relacionaba la neblina con la expansión del virus en la ciudad, en el país, en el continente, en la Tierra. Casi un tercio de la población del planeta estaba como yo, contemplando el lento, preciso e imparable avance del virus, de la neblina, de una enfermedad que puede llevarme a la muerte por padecer problemas respiratorios y estar recién recuperado de una intensa y extensa radioterapia.

De pronto empezó a desaparecer la neblina. Un viento que soplaban desde el oriente fue empujando la densa capa lechosa hacia el occidente, y con ella se me fue intensificando el temor, como si al irse ella, yo quedara impregnado de su esencia. Cuando la neblina se disipa, acostumbro entrarme despreocupado y también apesadumbrado. Pero era una mañana diferente, en la que todos los habitantes de la ciudad y del campo estábamos encerrados en nuestras viviendas, quizá prolongando el sueño, luchando contra un despertar sin porvenir inmediato, sin acción, sin plan, sin liber-



Ethel Gilmour. *Mi casa*. Óleo sobre tela. 90 x 80 cm. 1975. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

tad. El amanecer de un domingo en el que debí quedarme en la cama hasta el mediodía, pero que, tal vez influido por la situación, madrugué contra toda costumbre.

Al correrse la cortina blanca ahí estaba estacionado un vehículo similar al mío, pero de color blanco y de un modelo mucho más viejo. Estaba al frente de mi terreno, en la carretera que veinticinco metros adelante termina en

una calle ciega, la cual se desprende de la vía terciaria y solo da acceso a las pocas casas de este sector de la vereda. Era algo extraño. Al momento recordé que, al lado opuesto de mi cabaña, adentrándose por el bosque de pinos candelabro y después de recorrer unos quinientos metros hay una laguna y unas cuevas, en lo que antaño fue una mina de caliza. El bosque tupido es albergue de zarigüeyas, conejos, puercoespines y otros mamíferos

menores, así como de guacharacas, búhos, gavilanes, caravanas y otras aves, y finalmente de serpientes, lagartijas y ranas por montones. Así que de día y de noche se escuchan sus cantos, sus gritos, sus voces y sus movimientos.

Este lugar tiene muchas leyendas e historias, así como mitos de los pobladores de la región, campesinos cultivadores de hortalizas, papas, zanahorias y flores, entre otros. No le conozco nombre especial a este lugar, adonde los domingos suben especialmente jóvenes a pasear, bañarse en la laguna y explorar el monte. El agua es helada y allí una vez se ahogó un muchacho y otro murió de hipotermia o infarto, nunca se aclaró. Otro día, los gallinazos dieron aviso de un cadáver, mas nunca se supo si era de otro ahogado o de un asesinado. Todos los días veo a mi vecino internarse en el bosque con sus cuatro perros y regresar a la hora. Otros campesinos a veces van por leña o hasta sacan algún conejo. Pero desde hace semanas nadie ha vuelto ni a pasear ni a sacar leña o a cazar, porque el frío del tiempo de sequía es más intenso que el de las lluvias.

Todo lo anterior me llevó a concluir que no era normal un carro estacionado allí al amanecer, en un lugar sin tráfico, despoblado y en una carretera ciega. Llamé a mi vecino y ambos salimos a ver si era un carro abandonado o había alguien adentro. Estaba cerrado y sus placas eran de una ciudad del norte del país; su aspecto infundía desconfianza por ser un campero de modelo viejo, mal tratado y sucio, con las llantas muy desgastadas. Parecía a la espera de su dueño o conductor, quien con seguridad estaba dentro del bosque y quizás observándonos desde la espesura...

Pero, ¿qué podría estar haciendo a esa hora, con tanto frío, tan distante de su ciudad, en un bosque tan espeso y en plena cuarentena? Porque por ahí no hay paso hacia ningún sitio, ni menos casas, negocios o lugares de trabajo. Al comprobar que nadie estaba por ahí



Ethel Gilmour. *Ya no más*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984.
Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

decidimos entrarnos a nuestras casas y llamar a la policía, para avisarles de la situación sospechosa y anormal de ese carro en tan insólito lugar y a tan infrecuente hora, sobre todo porque si estábamos todos en cuarentena, nadie podría estar acá.

Entré en mi casa, llamé a la policía, me dijeron que pronto vendrían y volví a salir al corredor a mirar qué seguía sucediendo. En efecto, dos hombres salieron del bosque, uno con chaqueta azul y pantalones blancos, y otro con una americana café y pantalones negros. Al instante, abrieron el campero, se subieron a él y arrancaron con una rapidez inesperada, pues el carro estaba estacionado con su parte delantera hacia la salida a la carretera principal, lo que significaba que al llegar tuvieron la precaución de dejar el carro listo para salir del lugar sin el contratiempo de reversar en el extremo ciego de la carretera. Este detalle indicaba, para mí, que no habían llegado allí en forma casual o desprevenida, sino que sabían con exactitud cómo era la situación. Es decir, conocían de antemano el lugar, lo habían estudiado y tenían planeado lo que fueron a hacer allí.



Ethel Gilmour. *La señora en la cocina*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

do de la ciudad, lleno de leyendas, misterios y bastante tenebroso. ¿Qué pudo ocurrir allí en realidad...?

Terminé por despreocuparme del asunto, me metí de nuevo en la cabaña a preparar mi desayuno, luego seguí leyendo mi *Quijote* y al rato me fui a ver televisión. Estaban pasando una película de terror en un bosque lejano de la civilización, oscuro como una selva por lo espeso, aunque la acción ocurría en la mañana. Era una película bastante artificial y monótona, pero de todas formas creaba temor porque los efectos ayudaban más que las acciones: primerísimos planos, lentitud de movimientos, repetición o congelamiento de acciones inquietantes, música tétrica, neblina, oscuridad, humo, destellos, truenos, voces susurrantes... En esas escuché una especie de grito que parecía llegar de afuera de la casa y no del aparato. Bajé el volumen del televisor y agucé los oídos. Nada. Me quedé un rato viendo la película sin sonido y volví a escuchar algo parecido a un gemido, pero me di cuenta al instante de que los gemidos provenían del televisor, pues no lo había silenciado por completo. De nuevo oí un grito que provenía de afuera, bajé el volumen y solo el silencio interrumpido de pronto por el silbido del viento que azotaba árboles y se filtraba por entre las hojas y los intersticios de puertas y ventanas, y que creaba un sonido como de murmullos o voces, unidas al roce de las ramas de los árboles y al vaivén de las materas colgantes del corredor. A esto se unió al momento el canto de los carriquíes que suelen visitar mi cabaña para comer los plátanos que les dejo en el cebadero de afuera, y cuyas voces son características de la región por la variedad de sonidos que emiten, a veces guturales o carrasposos, o agudos y nítidos, o la combinación de graznidos con silbidos y cantos. Al momento se empezaron a escuchar las gotas de lluvia sobre el tejado y las latas que cubren la troja. Era seguro que se precipitaría una tempestad como abundan en marzo y abril en esta montaña, donde vivo hace veinte años.

Una vez partieron, me acerqué con cautela hasta el cerco de mi terreno y estuve atento por si alguna voz o ruido salía del bosque, pero al no escuchar nada, no me atreví a cruzar la carretera y preferí regresar a la cabaña, muy preocupado porque creí que los dos tipos me habían visto observándolos o inclusive desde antes, merodeando su vehículo y tomándole fotos. Media hora después llegaron dos policías en una moto, a quienes dije lo mismo que había comunicado por el celular a la central, les mostré las fotos del carro y ellos se fueron sin agregar nada nuevo. Casi que nada había sucedido, no le dieron importancia al asunto, apenas tomaron el número de la placa y nada más.

Lo que no me cuadraba en la cabeza era un carro de placas foráneas, dos hombres adultos vestidos de paisanos en un lugar poco frecuentado, una hora impropia, un clima de hielo y un día de confinamiento obligatorio. Estas circunstancias me llevaron a concluir que allí había ocurrido un asesinato, el abandono de un cadáver o una violación, en todo caso alguna acción anormal, en un sitio oculto y aleja-

No resistí. Abandoné la película y volví al acecho. Con cautela me asomé por entre las persianas de la ventana de la sala, pues creí escuchar de nuevo una voz o un grito que provenía de afuera. Al asomarme, el aguacero caía acompañado de una bruma, y cerca unos relámpagos y rayos iluminaban la oscuridad que empezaba a cerrarse sobre la montaña. Entonces, desconecté todos los aparatos eléctricos y electrónicos, incluido el teléfono fijo. Luego me senté en el sofá con verdadero susto, imaginando algún drama que venía desarrollándose desde temprano al frente de mi cabaña. Ya era inútil llamar de nuevo a la policía.

Salí al corredor con miedo y prevención. Pero ahí mismo pensé que de qué tenía miedo, pues si alguien estaba allá afuera llamando, con seguridad estaba indefenso y necesitaba ayuda, por lo que era imposible que me agrediera. Sin embargo, no se veía nada extraño ni nadie en el lugar. ¿Qué era, quién había gritado, dónde estaba...? Al momento, desapareció la bruma y pude observar con cuidado tras el seto de pinos a una persona allí parada mirando hacia el bosque, o sea, de espaldas a mi cabaña. Parecía joven, vestido solo con los calzoncillos, se tomaba la cabeza con las manos y se agachaba, hacía señas, tenía ensangrentadas la mano derecha y la espalda, se encuclillaba y se levantaba, gritaba... Parecía que cerca estaba alguien más, por lo que aún no me atreví a dejarme sentir hasta no cerciorarme de lo que estaba sucediendo en realidad.

Tampoco era posible saber si era un agredido o un agresor, si se trataba de una riña o de un ataque, si estaba relacionado con los tipos del carro o con otro caso... Entonces me oculté antes de que se volteara y volví con sigilo a la cabaña. Mirando tras los visillos de la persiana se me ocurrió llamar a mi vecino, pero se había cortado la línea telefónica y el celular tampoco funcionaba, tal vez porque el vendaval había afectado las líneas. Volví a asomarme por la persiana y nadie estaba allí. Sentí escalofrío al



Ethel Gilmour, *La señora en el jardín*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

creer que el hombre habría saltado la cerca y penetrado en mi terreno, y tal vez ya andaba cerca de la casa...

29

No encontraba calma ni entendía el motivo por el cual yo sentía tanto susto de un supuesto agredido que buscaba ayuda o llamaba a alguien... Cansado, me senté en el sofá a seguir imaginando la situación, y a cavilar más que a pensar: quizás él era el hombre con otro o su novia trasladados por los dos tipos a ese lugar para ejecutarlos, como acostumbran hacer las mafias y los delincuentes. También supuse sucesos peores, como que dejaron allí a estas dos personas atadas y heridas para que se desangraran y murieran en medio del frío; o los habrían tirado a la laguna y ellos lograron salir... Al suponer estas explicaciones sentí escalofrío y verdadero pavor, pues estaba solo en la cabaña e incomunicado.

En estas divagaciones estaba cuando sentí que tocaban con insistencia la puerta de mi cabaña.

Óscar Castro García es escritor y docente jubilado de la Universidad de Antioquia.